

PALABRAS VANAS

Parte 53

“Pero fornicación y toda inmundicia, o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos; ni palabras deshonestas, ni necedades, ni truhanerías, que no convienen, sino antes bien acciones de gracias. Porque sabéis esto, que ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios. Nadie os engañe con palabras vanas, porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia. No seáis, pues, partícipes con ellos.” (Efesios 5:3-7)

En la lección anterior hablamos de caminar en amor como Cristo nos amó. En esta vamos a iniciar en el versículo 3, donde Pablo continúa con una lista de frutos adámicos, que espera que estén desapareciendo de los corazones y de las vidas de los efesios.

Sé que he dicho esto múltiples veces, pero lo hago con intención, esta lista de determinados comportamientos se entiende mejor, como los frutos de uno de dos hombres. Y esa no fue sólo mi idea. Es lo que él dice en muchas ocasiones, incluyendo el versículo 9 de este mismo capítulo. Si usted leyera unos pocos versículos hacia abajo, vería que Pablo se asegura de recordarles a sus lectores que el bien con el que ellos se están vistiendo, es el fruto del Espíritu. Entonces, por un lado tenemos, amor, gozo, paz, paciencia...todos frutos de Cristo o del Espíritu. Por el otro, fornicación, avaricia, idolatría, frutos del hombre adámico.

Por lo tanto, cuando leemos estas listas no es una perspectiva correcta pensar en nuestro interior: “Necesito hacer más de esto y menos de eso. Necesito disciplinarme para actuar como esto y menos como eso”. Esto no se trata de comportamiento. La disciplina está bien para lo que es...y es conveniente y apropiada cuando la carne está moviendo y motivando nuestro corazón. Pero Pablo está hablando de transformación del alma, donde un género completo, una naturaleza y un hombre son desplazados por la revelación y formación de Otro.

Siempre hay dos hombres en perspectiva. Hay un hombre que está siendo quitado junto con sus obras y deseos, y Otro que está siendo colocado junto con los frutos de Su Espíritu. Ambas experiencias ocurren por medio de la renovación de la mente, para que podamos llegar a concordar, a un acuerdo o a una congruencia con la obra consumada de Dios en Cristo. Dios ha finalizado todas las cosas; conocer la verdad a través de la revelación de Cristo por el Espíritu, nos lleva a la experiencia de lo que Dios ha finalizado.

“...ningún...tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios”. Esta última frase del versículo 5 puede prestarse a confusión. Hay unas cuantas interpretaciones sobre lo que está diciendo Pablo aquí. ¿Qué está queriendo decir Pablo, exactamente, con no *“tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios”*? ¿Qué significa ser un fornicador o idólatra?

A veces los cristianos leen un versículo como este sin mucho entendimiento de la cruz, y lo usa para condenarse o condenar a otros. He oído a personas decir: “Bueno, yo he hecho algunas de estas cosas desde que soy cristiano... ¿significa eso que no voy a ir al cielo?” Para comenzar, esa no es una perspectiva correcta del cielo. En mi opinión, ni siquiera está relacionada con lo que Pablo está diciendo aquí.

Sospecho que cuando Pablo hace este comentario, tiene en mente el reino de Dios del Israel del Antiguo Pacto como sombra del reino de Dios del Nuevo Pacto. En el Antiguo Pacto, cualquiera que era encontrado en idolatría, fornicación o inmundicia era cortado del reino de Dios en la tierra. Si recuerda el pacto de Dios con Israel, en un caso la persona era apedreada, en otro caso era sacada de los límites de Israel, en otro caso era apartada del campamento hasta que se limpiara, pero en cualquier caso, el cuadro muestra que ninguna de esas cosas eran parte de la relación de Dios con el pueblo. Esas cosas separaban a la persona de la comunión con Dios y del reino de Dios. Esas cosas la descalificaban, temporal o permanentemente, de su herencia en el reino natural de Dios.

Creo que es el tipo y sombra que Pablo está usando aquí. No creo que el punto aquí sea hacer una lista de los que van “ir al cielo o no”, sino de quién está experimentando y participando de su herencia en el reino de Dios. En otras palabras, aquellos que optan por mantenerse en el hombre adámico y sus obras, en esa misma medida escogen renunciar a su herencia en el reino de Dios.

Yo creo que eso es cierto en todos los niveles. Es decir, aquellos que son incrédulos, obviamente están participando del hombre adámico, y por lo tanto, están renunciando al ofrecimiento de Dios del reino en mayor medida. No conocerán nada de él. Pero también creo que es cierto en los que han nacido de Dios. Somos salvos, sin duda, pero al asirnos de ese hombre con sus obras y deseos, en esa misma medida renunciamos a nuestra experiencia y participación del reino de Dios, como estaba destinada que fuera nuestra herencia. Para los cristianos esto no conlleva a una separación eterna de Dios, pero equivale a quedar cortos del elevado llamado de Dios en Cristo.

¿Recuerda al pueblo de Israel en el tiempo de los jueces? ¿Recuerda al rey Saúl? ¿Cuál era el problema de Dios con Su pueblo en esos días? Para ponerlo muy simplemente, que no le permitían al reino de Dios llenar la tierra. Ellos se aferraron a cosas, se aferraron a sí mismos en un sinnúmero de maneras y lugares, y perdieron el derecho a su herencia. Pensemos ahora en el rey David. ¿Cuál era la diferencia con respecto al rey David? ¿Por qué fue llamado él un “hombre conforme al corazón de Dios”? En mayor medida, creo

yo, porque fue un hombre que ejecutó el juicio de Dios en la tierra. Comenzando con Goliat el incircunciso, David extendió el reino de Israel a su plena gloria para que Salomón pudiera reinar con sabiduría y paz.

Mi punto, sin embargo, es que Israel perdió la plenitud de su herencia en el reino del Antiguo Pacto aún cuando estaban en la tierra. Creo que muchos de nosotros hacemos lo mismo, no le permitimos a Él que lleve esto hasta donde llega. Nos aferramos a nosotros mismos. Nos aferramos al hombre que Dios ha juzgado, y como el rey Saúl, no permitimos que dicho hombre sea plenamente quitado. Cuando hacemos eso entregamos algo de nuestra herencia en el reino de Dios.

Para resumir. Creo que este versículo podría estar hablando de alguien que está eternamente separado de Dios y de Su reino, al no haber aceptado el juicio de Dios del hombre adámico. O, supongo, que este versículo podría estar hablando de la manera en que nosotros, como cristianos, aunque hayamos nacido de nuevo, perdemos la grandeza de nuestra herencia al aferrarnos a ese hombre en nuestros corazones. Nos aferramos a nuestra propia versión de idolatría, inmundicia y codicia. No aferramos firmemente al hombre que no tiene herencia en el reino de Dios y de Cristo.

Luego, Pablo continúa advirtiéndoles a los efesios que no sean engañados por los que llegan hablando lo que él llama “palabras vanas”. ¿Qué son palabras vanas? ¿Qué hace que una palabra sea vana o no? Es más que si fuera verdadera o falsa; las palabras pueden ser verdaderas y aún ser vanas. Una palabra no es vana, cuando dicha palabra es un contenedor de algo real y sustancial que experimentamos en Cristo. Una palabra está llena de significado cuando la realidad, sustancia y experiencia ha definido la palabra. Una palabra es vana cuando la realidad, sustancia o experiencia de la palabra es dejada a la imaginación de cualquiera.

Déjeme tratar de explicarme. Es común que los creyentes, mientras leen un pasaje de las Escrituras que es familiar para ellos, repentinamente vean algo totalmente nuevo y diferente. Algunas veces cuando sucede esto decimos cosas como: “Es como si las palabras hubieran saltado de la página”. ¿Por qué sucede esto? ¿Por qué no sucedió la última vez que leí las mismas palabras? La respuesta radica en el hecho, de que aunque podemos leer las palabras de Dios todo el día, realmente no podemos oírlas o conocerlas hasta que la sustancia de quien ellas hablan nos sea mostrada por el Espíritu de Dios. Y entonces, esas palabras empiezan a llenarse de realidad. Luego, la realidad de la gracia, de la vida o del amor, por ejemplo, nos muestra lo que la palabra siempre ha significado.

¿Recuerda las veces que me he referido a las palabras como “cajas”? Alguien puede entregarle una caja que está completamente llena o totalmente vacía; de cualquier manera, la caja es exactamente la misma. Es, meramente, el transporte o comunicación de algo más en el interior. Las palabras funcionan de la misma manera. Ellas portan o transportan algo real. Las palabras de un hombre transmiten de la boca al oído algo de sus

planes, sentimientos o ideas, pero, para conocer realmente a ese hombre, el alma debe encontrar lo que está detrás de las palabras. Las palabras de Dios son paquetes que transmiten el mundo del espíritu y verdad tal como está en Cristo. Pero, para conocer genuinamente a Dios, el alma debe experimentar y permanecer en el Espíritu que habla las palabras. En cualquier caso, las palabras mismas no tienen realidad inherente.

Si recuerda la analogía, le pedí que imagináramos que alguien le entregaba una caja con la palabra “asqueroso” escrita en la tapa. Bueno, eso no debería ser tan malo, es sólo la palabra “asqueroso” en una caja. No hay nada asqueroso en la palabra “asqueroso”. No hay nada asqueroso acerca de la caja. Considerando que la basura de un hombre es el tesoro de otro, comenzó a preguntarse si sería algo interesante o valioso. En tanto sea una palabra en una caja, su imaginación definirá el contenido. Será cualquier cosa...hasta que lo vea.

Al fin, la curiosidad pudo más. Usted abre la caja sólo para hallar un cubo de algo absolutamente repugnante, más allá de toda descripción. Se le revuelve el estómago y rápidamente tira la caja tan lejos como puede y corre. El contenido ha definido la palabra para usted. Ver la sustancia ha echado por tierra cualquier imaginación y la ha reemplazado con la verdad. La próxima vez que usted encuentre en una caja parecida, la palabra “asqueroso” será más que una palabra para usted. La palabra ha sido definida y colmada de significado mediante su experiencia de la sustancia. Dicha palabra ya no es una palabra vana o vacía. Todas las palabras son así y las Escrituras aún más. La Biblia es una colección de paquetes que no pueden ser conocidos hasta que seamos confrontados con sus contenidos.

Supongamos ahora, que alguien le entrega una caja con la palabra “gloria” escrita en ella. ¡Esta es una palabra emocionante! O tal vez, sea una palabra que da miedo o es aburrida. Tal vez usted esté seguro de ya saber lo que está adentro. En tanto se trate de una palabra en una caja, sigue siendo lo que usted piensa. Es una palabra vacía. Todas las palabras y conceptos espirituales son exactamente así, hasta que somos confrontados con sus definiciones en la aparición de Jesucristo.

Nuestra relación no es con palabras, sino con el Señor que es descrito por ellas. Quizás usted nunca pensó de esta manera, y tal vez, no queramos admitirlo, pero la gente, naturalmente, prefiere relacionarse con Dios en la seguridad de las palabras y los conceptos. ¿Recuerda a los israelitas? Es probable que todos ellos nos hubieran dicho que querían ser como Moisés y hablar cara a cara con Dios, pero cuando Dios apareció en Su gloria ante todos ellos, se aterraron y le dijeron a Moisés que subiera solo a la montaña y les trajera las palabras de Dios. “Sólo dínos Sus palabras, no hagas que enfrentemos la sustancia”.

¿Por qué somos así? Porque las palabras pueden ser aprendidas con la mente, clasificadas, controladas... para que el aprendizaje de Cristo, al igual que el de las

matemáticas, sea sistemático, predecible, y por lo tanto, seguro. De esta manera, decidiremos qué es lo que creemos, qué significa, cómo lo aplicamos o no a nuestras vidas. Nosotros, en realidad, preferimos las palabras vanas o vacías, porque entonces podemos llenarlas. Podemos decidir cuáles libros cristianos son interesantes, cuál denominación calza mejor con nuestra personalidad, cuál campo teológico corresponde mejor con nuestra perspectiva. En tanto las Escrituras sean un paquete en gran parte sin abrir, interpretaremos y manipularemos las palabras para alinearlas a nuestros intereses invertidos, a nuestras necesidades y a nuestras presuposiciones egocéntricas. De esta forma, podemos estar aprendiendo siempre las palabras de Dios, sin nunca llegar al conocimiento de la verdad.

Pablo les está advirtiendo a los creyentes en Efeso del peligro de las palabras vanas. El peligro con las palabras es que nosotros podemos acumular una enorme colección de paquetes, y sin saberlo prohibirle al Señor que abra una sola. Para los cristianos, el asunto no es si creemos o no en la inspiración y autoridad de las palabras escritas de Dios, casi todos tienen las Escrituras en muy alta estima, la cuestión es, siempre y por siempre, la disposición del corazón para ver a Aquel de quien ellas hablan.

¿Le permitiremos usted y yo al Señor que abra Sus palabras? Los creyentes somos rápidos en insistir en que lo haremos, pero la curiosidad no es lo mismo que la disposición a conocer; la curiosidad nunca abrirá una caja. Hacer preguntas no es lo mismo que buscar la verdad; la verdad tiene un costo. Aprender a Cristo es confrontar la cruz y parte con algo de nosotros. Cada caja será abierta a expensas de algo que usted piensa, algo que usted quiere, algo que usted erradamente llama verdad. El corazón hambriento, eventualmente, aprende que para verdaderamente “ganar la excelencia del conocimiento de Dios” (Filipenses 3:8), uno debe llegar a quererlo a Él más que sus propias palabras, más que sus propias definiciones y entendimientos, más que su propia vida.

Es por eso, sin ninguna duda, que el consejo más significativo y útil que conozco para darle a un cristiano es: “Nosotros no conocemos lo que pensamos conocer”. Sin importar lo que hayamos leído, memorizado, enseñado o pensado que hemos visto, no conocemos nada que no estemos viendo en la actualidad, a través de la revelación de Cristo dada por el Espíritu. Esta perpetua comprensión y fundamento, es la única manera de protegernos de la vida de ocupación cristiana, que sólo equivale a vanas imaginaciones construidas sobre palabras vanas.

Dios quiere tomar todas nuestras palabras, conceptos e ideas espirituales y llenarlas de la aparición de Sí mismo. Dios desea confrontarnos con Su sustancia y hacer que el encuentro del alma con Cristo se convierta en la realidad y plenitud de cada palabra espiritual.

Eso suena como una gran idea, pero no es tan fácil. Estaba almorzando esta semana con alguien que me dijo: “Ahora entiendo por qué la mayoría de la gente se aleja de este evangelio”. Él se estaba dando cuenta de lo que estoy tratando de describir. Él se estaba dando cuenta de que Dios confronta uno a uno los paquetes y palabras vanas que hemos llenado de nuestras propias ideas, nuestro propio entendimiento, nuestras propias vidas... Él las confronta una a una con la verdad, y eso exige que Él se convierta en la realidad de cada palabra y concepto que nosotros hayamos leído alguna vez en la Biblia. Eso exige que, en cada aspecto, perdamos las ideas a cambio de Él.

Recuerdo al Señor tratando esto mismo conmigo hace algunos años. Recuerdo que yo pensaba que tarde o temprano, llegaría al final de donde había estado equivocado, y finalmente, me quedaría con las cosas de donde había estado correcto. ¡Pero estaba muy equivocado! Incluso, prediqué eso unas pocas veces. Me di cuenta de que todo mi entendimiento básico del evangelio estaba equivocado. Me di cuenta de que todo lo que había hecho y aprendido como cristiano estaba construido sobre un fundamento humano. Ahora, gran parte estaba correcto, y entonces imaginé que Dios podía levantar la casa que yo había construido, quitar el fundamento, reconstruirlo, y luego colocar la casa en el nuevo fundamento.

Yo solía pensar que gran parte, o al menos algo de lo que había aprendido, enseñado, orado o pensado como cristiano podía ser salvado, si estaba sobre el fundamento correcto. Pero esta es una imaginación letal y estoy agradecido con el Señor por arrojarla de mi corazón. La casa no es más que el incremento del fundamento. Nada de valor espiritual es conocido, hecho o aprendido, si el mismo Cristo no es la vida, origen y sustancia de ello. Usted no tiene una casa por su propia cuenta que Él pueda usar. Usted no tiene algo de valor que Él esté tratando de apoyar, corregir o dirigir.

Estoy diciendo eso, porque nunca llegaremos al fondo de las palabras, ideas y conceptos que Él debe volver a definir a través del encuentro con la Luz. Nunca encontraremos nuestra última palabra vana. Nunca encontraremos un paquete que no necesite ser definido por el contenido. Todas nuestras palabras son palabras vanas, y no conoceremos una palabra completa hasta que Él aparezca como la plenitud de ella. ¡Amigo, eso nunca acaba!

Tarde o temprano la sustancia lo exigirá todo, y continuamente y para siempre, tendremos que hacer una elección. Tendremos que escoger entre aferrarnos a nuestros paquetes familiares que nosotros definimos y controlamos...o se los devolvemos a Él para que los defina en Su aparición. Y no me diga que ya ha tomado una decisión, porque eso es una tontería, no podemos hacer tal cosa. No podemos tomar una decisión antes de que nuestro corazón confronte la siguiente elección; siempre hay una próxima. Es una continua muerte a nosotros mismos a través de la revelación de la Vida; no es un simple sí o no.

¡Las palabras son algo grande! Ellas pueden entregarnos un paquete, pueden darnos un paquete que Cristo puede abrir en Su aparición. Por esta razón amo las palabras. Por esta razón creo que Pablo oraba que Dios le diera denuedo, para poder hablar el misterio del evangelio como debía. Pero las palabras tienen un peligro inherente. El peligro de las palabras es que son sólo palabras, y muchos han sido engañados al creer que han llegado a saber mucho, cuando todo lo que han hecho es acumular una colección de paquetes vacíos. Pablo advierte a la iglesia acerca del carácter engañoso de los paquetes vacíos.

Específicamente, creo que él estaba hablando acerca de lo judaizantes... los judíos que profesaban creer en Cristo, pero que le enseñaban a la iglesia que tenían que ser circuncidados, guardar la ley, las fiestas, los sacrificios, los días de reposo. Ellos estaban intentando introducir elementos de la sombra a la sustancia. Estos son los defensores de la religión cristiana de esos días...y son, de muchas maneras, exactamente iguales a los defensores de la religión cristiana de nuestros días.

Ellos estaban predicando palabras vanas. Estaban predicando palabras que no habían sido llenadas de Cristo como su sustancia. Especialmente, estaban predicando algunas de las palabras del Antiguo Pacto, como sábado y circuncisión, que Cristo había cumplido en Sí mismo. ¿Ve a qué me refiero? “Sábado” sólo era una palabra, era un día natural con un reposo natural de los seis días de la creación natural. Pero Cristo apareció como la sustancia del sábado y ellos no lo vieron; Cristo apareció como el verdadero reposo de Dios, como el verdadero día en el que la obra del hombre cesa, el verdadero final de los seis días de la creación. Cristo era la sustancia, pero los judaizantes estaban predicando vanas palabras. Continuaban predicando el sábado como un concepto que la gente tenía que observar en la carne, y no como una realidad que Cristo había logrado en espíritu.

Es lo mismo con la circuncisión. La circuncisión era una palabra espiritual con la que ellos estaban familiarizados. Tenía que ver con la eliminación de la carne natural del hombre natural. Tenía que ver con el hombre natural que entra a un pacto que trataba con cosas naturales como sacrificios, ofrendas y leyes. Pero apareció Cristo como la sustancia de dicha palabra. Cristo vino y definió la circuncisión en Sí mismo. Se convirtió en la verdadera eliminación de la carne del hombre espiritual. Se convirtió en la sangre de dicha circuncisión que introdujo a un pueblo a un pacto perpetuo. Pero muchos de los judíos cristianos seguían enseñando la circuncisión como una palabra, como una doctrina que tenía que ser obedecida en el ámbito natural.

Por lo tanto, en este caso específico, Pablo estaba lidiando con los judaizantes que predicaban palabras vanas y engañaban a la iglesia. Esta es la razón por la que él los llama “hijos de desobediencia”. Estos son los hijos naturales de Abraham, los hijos naturales de Israel, los hijos naturales de Dios. Estos son los hijos de quienes Jesús habló en muchas de sus parábolas. Los hijos que rechazaron cumplir las órdenes del Padre. Los que se negaron a asistir a la fiesta de bodas a pesar de que fueron invitados. Los que no

le darían el fruto de la viña a su dueño. Los que por un tiempo crecieron junto con los hijos de obediencia, pero que eventualmente fueron separados y destruidos.

Creo que la ira de la que está hablando Pablo específicamente aquí, es la ira de la que habló Jesús que vendría sobre Israel y Jerusalén al final de esa generación. Estoy seguro que recuerda las advertencias de Jesús a dicha generación. Dijo que ellos serían destruidos debido a que ellos no entendieron el tiempo de Su visitación. Dijo que un ejército los rodearía, que sus casas quedarían desoladas y que ni una sola piedra del templo quedaría sobre otra. Todo esto lo dijo, porque los hijos de la carne rehusaron convertirse en los hijos del Espíritu. Los hijos del Antiguo Pacto, en general, no se convertirían en los hijos del nuevo. Por lo tanto, sus casas quedaron desoladas, sus ciudades y templo...la totalidad de la nación fue destruida por los romanos en el 70 d. C.

Por un tiempo hubo dos grupos reclamando ser los hijos de Dios; dos grupos en un hogar. Pablo habla de esto en Gálatas 4. Estaban los Isaacs y los Ismaeles en la casa del Padre Abraham, ambos reclamando ser los verdaderos hijos de Dios. Por un tiempo los hijos de la carne persiguieron a los hijos del espíritu, pero eventualmente, Dios trajo la ira sobre los hijos de desobediencia y manifestó a los verdaderos hijos de Dios.

Bueno...esta es una larga historia...pero la menciono, porque son precisamente estos hijos naturales de Abraham, los que estaban inquietando a la iglesia con palabras vanas. Pablo estaba amonestando a los verdaderos hijos de Abraham por la fe, a que se separaran de ellos, a que no tuvieran nada que ver con ellos, que no fueran partícipes con ellos, porque su fin sería la destrucción. Ellos habían sido destinados a la ira porque habían rehusado el día del Señor.